TRIBUNA | En Euskadi y Navarra los grupos juveniles violentos son numerosos y controlan el ambiente social y festivo de un extenso espacio de ambos territorios. Sólo el PNV podía haber desterrado una cultura política que es herencia carlista

Los vascos y la cultura de la violencia

PEDRO UGARTE

EL MOROSO PROCESO de integración institucional de la izquierda *abertzale* (facilitado por el indeclinable instinto de supervivencia del actual presidente de Gobierno) se ha combinado en Euskadi y Navarra, paradójicamente, con un recrudecimiento de la violencia callejera, impulsada por organizaciones juveniles diversas, pero procedentes todas de la misma cultura política.

La masacre de Gaza, la enésima reforma legislativa, la aparición en Vitoria de unos (¡por una vez!) auténticos fascistas, la llegada de Vito Quiles a la Universidad de Navarra... cualquier excusa es buena para la concentración de hordas de chavales embozados, vestidos de negro y con caperuzas del mismo color, que se mueven con disciplina digna de mejor causa y se dirigen a apalizar al adversario o, si algún cuerpo policial se lo impide, a destrozar el mobiliario urbano y todo bien público o privado que se les ponga por delante.

Gaza, Vito Quiles... cualquier excusa es buena para las hordas de chavales embozados

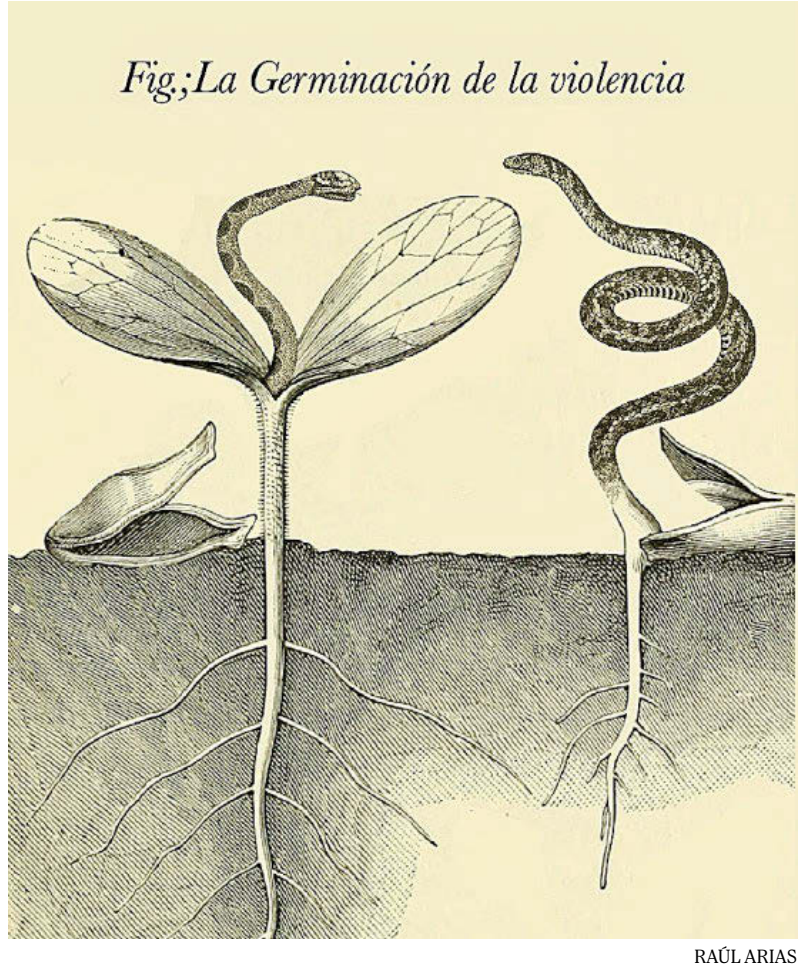
¿A qué se debe el arraigo entre los vascos de la violencia política y del odio que la alienta? ¿Por qué esa violencia juvenil es inmune a la instalación de sus líderes políticos en responsabilidades parlamentarias o municipales? Sin duda, hay grupos juveniles violentos en todas las sociedades (el ímpetu de la edad tendrá que ver con eso), pero en Euskadi esos grupos son desusadamente numerosos y controlan, de hecho, el ambiente social y festivo de un extenso espacio del país. Excluidas las capitales y algunas zonas industriales (donde, sin embargo, también están presentes) el resto de la geografía vasca se halla dominada, en términos sociales, ambientales (y, aún más importante, en términos simbólicos), por una cultura política que nunca ha deslegitimado la violencia. Sí, en muchos lugares hay jóvenes violentos. Pero sólo en Euskadi y Navarra mantienen el liderazgo simbólico en un amplio territorio físico y mental.

Algo de luz puede aportar el recuerdo de la desintegración del carlismo. El carlismo no sólo ha desaparecido, sino que está absolutamente olvidado (claro que eso también tiene su lógica: todo el laborioso asunto de la memoria histórica no alberga la más mínima importancia si no encuentra utilidad partidista en la política de hoy). En el País Vasco (como también ocurre, por cierto, en Cataluña), los antiguos bastiones históricos del carlismo –caracterizado por su carácter reaccionario, el integrismo católico, el legitimismo monárquico y una conciencia española preestatal– son hoy bastiones de la extrema izquierda independentista; una izquierda que además, en muchos casos, recupera los viejos fetiches del marxismo leninismo del siglo XX.

Al contrario que en el resto de Europa, donde hace mucho tiempo se circunscribe al jugueteo intelectual de insignificantes minorías, el tradicionalismo se mantuvo en España con increíble vigor. De hecho, los que somos mayores recordamos que todavía en los años 60 y 70 del siglo XX, el carlismo era una fuerza viva, con un respaldo social nada despreciable en el País Vasco, Navarra, Cataluña o Valencia. Aún recuerdo que en el pueblo vizcaíno de mi padre los partidarios de Carlos Hugo y los de Sixto de Borbón se disputaban la legitimidad de la causa con pintadas en las paredes; unas pintadas parecidas, en estilo, a las que sus hijos, nietos y biznietos harían más tarde a cuenta de la revolución socialista, la independencia de Euskal Herria o la destrucción del Estado de Israel.

El carlismo jamás estuvo interesado en la propaganda política, menos aún en la civilizada disputa electoral. A efectos *operativos*, el carlismo, desde su origen hasta su final, pasando por las guerras civiles del siglo XIX o el golpe militar de 1936, se mantuvo leal a una acción política irrenunciable: la violencia pura y dura. Esa ha sido la gran herencia que el tradicionalismo español, absolutamente desaparecido hoy de Ondarroa o de Ordizia, de Tolosa o de Gernika, ha legado a sus descendientes en directa línea familiar. Demolidos los valores ideológicos, los principios morales y las creencias religiosas de sus ancestros, buena parte de los vascos siguen fieles a una sola cosa que aprendieron de aquellos: la *metodología*, la acción política fundada en la violencia y la fe en esta como la mejor forma de responder al adversario, cualquiera que este sea.

Pero esa sorprendente evolución no es un proceso neutro ni casual. No es neutro porque si algo lo hace explicable es la absoluta dejación, por parte de las formaciones políticas democráticas, de su responsabilidad a la hora de articular, en el campo de las ideas, una oposición a ese modelo y, sobre todo, una alternativa.



RAÚL ARIAS

¿Quién habría podido (o habría debido) liderar esa tarea y desterrar la cultura de la violencia como un legado familiar que se transmite intacto, más allá de las distintas ideas de distintas generaciones? La menguante derecha española (víctima del exilio, cuando menos, y del asesinato, cuando más) bastante hizo con sobrevivir. Tampoco estuvo en la mano de la izquierda democrática, que siempre ha comparecido como convidada de piedra en el tablero de la política vasca. Sólo el PNV, con una sólida implantación territorial y unas bases leales y movilizadas, habría podido articular un discurso de oposición ética e ideológica a sucesivas oleadas de preadolescentes, adolescentes y activistas juveniles a los que se les ha enseñado no sólo que la violencia es un instrumento legítimo, sino que abandonarla sería una traición a sus propios ideales. Hay una sucesión de jóvenes que, literalmente, han mamado la violencia y jamás han escuchado a nadie el principio de que no hay claudicación alguna en atender los argumentos del adversario, y que tampoco se somete a sus ideas si uno se abstiene de lanzarle piedras a la cabeza.

EL NACIONALISMO democrático es responsable de ese abandono, de esa derrota declarada por incomparecencia en una batalla, más que política, moral y cultural. Ha asistido con dolorida indulgencia y melancólicos gestos de pesar al ejercicio diario de la violencia callejera. Se ha limitado a murmurar, por lo bajo, «eso no se hace», en vez de batirse con la energía necesaria en los parlamentos, en las escuelas, en las universidades, en las calles, en los juzgados, para defender las instituciones democráticas y proclamar en voz muy alta que la libertad y la democracia pasan por la palabra y el intercambio de ideas, y no por amedrentar, silenciar o expulsar al adversario. Al margen de las urnas, la izquierda abertzale domina el escenario simbólico, social y cultural de Euskadi desde hace décadas. Y el verdadero responsable de ese dominio es quien, ganando en las urnas, cede sin resistencia el escenario, quizás para no buscarse problemas, quizás para no encrespar los ánimos, quizás (utilizando un manido lenguaje publicista) para «mantener la convivencia».

No es mantener la convivencia ceder el espacio público a quien aspira a ocuparlo en exclusiva. Hay algo peor que la negligencia política: la renuncia a la educación (la reglada, pero también la cívica y la familiar). Cuando amplios contingentes de jóvenes vascos concluyen, en su más temprana adolescencia, que pueden pasar a la acción violenta porque ya saben lo suficiente sobre política, economía o historia, el fracaso de esa sociedad va mucho más allá de la política: es un fracaso educativo, un fracaso cultural y, lo peor de todo, un fracaso moral.

Pedro Ugarte es escritor. Fue responsable de prensa de la Universidad del País Vasco de 2000 a 2025